

Francisco Chiocchio

El otro

COLECCIÓN UNA OCTAVA



INCLUSO LXS PERRXS

Francisco Chiocchio

El otro

COLECCIÓN UNA OCTAVA

VOL. 4

Héctor Francisco Chiocchio


 Hector Chiocchio

Ilustraciones de portada e interiores: H. F. Chiocchio ©

© H. F. Chiocchio es autorx de lo aquí publicado y aprueba la libre distribución no comercial de su obra. Se hace expresa reserva de los derechos de uso, reproducción total o parcial, por cualquier medio; el tratamiento informático o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito del autorx para: agrupaciones y/o organizaciones y/o partidos políticos y/o colectivos con estructuras y/o fines similares a los antes mencionados.

Diseño de portada y maquetado: Pablo Caro ©

 kidkoi31

 kidkoi31@gmail.com

www.behance.com/kidkoi

 Ediciones Incluso los Perros

 inclusounperro

 inclusounperro

 inclusolosperrros@gmail.com

Índice:

<u>Dora</u>	5.
<u>Crónica de un día agitado</u>	8.
<u>El otro</u>	12.
<u>Partir</u>	14.
<u>Evocación</u>	16.
<u>Cercana a mis ojos</u>	18.
<u>Sin rumbo</u>	20.
<u>Matilda</u>	22.
<u>Soñadora de Mundos</u>	25.
<u>Los amantes</u>	27.
<u>Bio</u>	29.



Dora

Con su impermeable azul, Dora caminó rumbo al parque. Sentada bajo el plátano, vio la inmensidad del cielo repleto de grises. Dibujó la fibrosa armonía de los árboles y pintó las nubes junto al espíritu fantasmal de la tormenta. Era su forma de entregar el corazón a la vida. Luego, sus delicadas manos acariciaron la textura del trabajo finalizado.

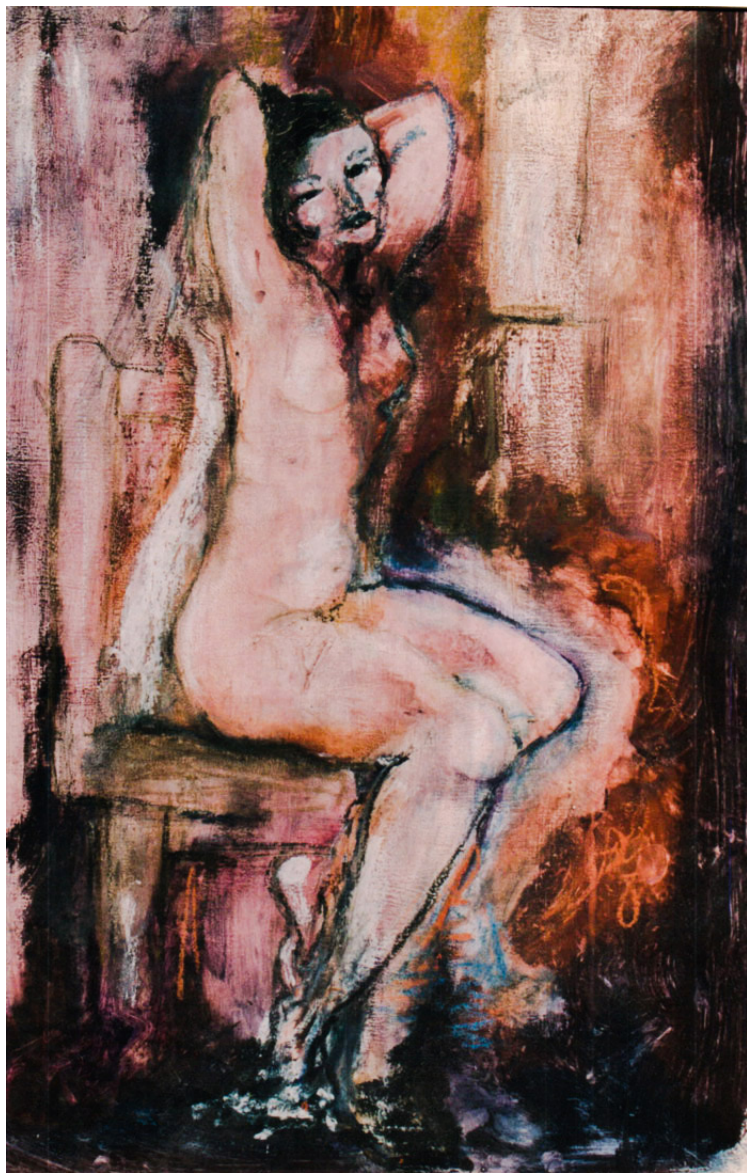
Después de tantos años, trato de entender el desenlace y asocio situaciones que en mis pensamientos ocurrieron, o tal vez no. Es probable que mi senectud intente apaciguar el inexorable deterioro producido por el paso del tiempo.

Aquellas tardes otoñales recorriamos la ciudad, entre café y cigarrillos, hablando con otros artistas, intercambiando diferentes puntos de vista sobre el alcance del arte en la cultura y en la política. En el cine “Lorraine” disfrutábamos de las provocadoras películas francesas y, cuando se terminaba, las vías del “Lacroze” llevaban nuestro sueño más allá del espacio y el futuro. Así seguíamos hasta perdernos en la vieja calle Corrientes, camino al puerto; para luego juntarnos en nuestro refugio, desnudos y abrazados, bajo la mortecina luz del atardecer.

Dora expresaba su plenitud y anhelaba guardar esos momentos para la eternidad.

La vi por última vez un lunes de abril: su mirada entristecida reveló el adiós. Busqué por todas partes, pregunté a los amigos en común, fui a los lugares que frecuentaba; moví cielo y tierra pero, al cabo de unos días, desistí.

Hoy, una joven se acercó a mí mientras esperaba un turno en el banco. Me dio un formulario y se fue sonriendo. No presté atención cuando guardé el papel en mi bolsillo. Por la noche, revisé mi abrigo buscando el celular y, al instante, encontré el formulario. Una promoción de un préstamo, o algo por el estilo. Dudé, los dedos me advirtieron, pero igual lo di vuelta y, en el dorso, descubrí el manuscrito en lápiz: *Los caminos del arte, el amor y la muerte están más allá del espacio tiempo. No tienen lugar en nuestra mente. Dora.*



Crónica de un día agitado

En una aborrecida tarde de domingo, Luis y yo pateábamos una pelota de goma contra la persiana metálica del almacén. Cada impacto resonaba a lo largo de la calle empedrada, hasta que una “matrona” despertó de su siesta dominguera y, asomada a la puerta cancel, amenazó contarle a mi padre sobre nuestra falta de respeto por la “tranquilidad” del barrio. Acorralados, pusimos fin a nuestro juego.

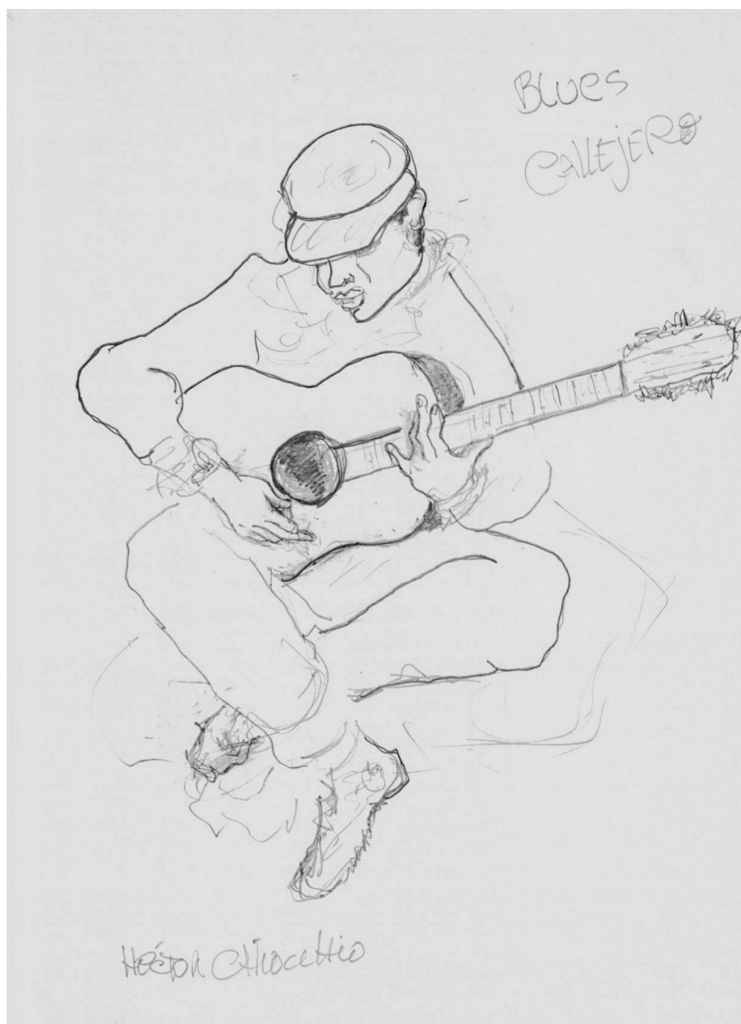
Al rato, en el parque, observé a Luis hacer malabares con la pelota, demostrando una destreza digna de un jugador profesional. Entonces, apareció el guardián, un italiano mutilado que había perdido el brazo derecho durante la segunda guerra mundial. En su mano izquierda portaba un bastón de algarrobo con un pinche en la punta y, con tono amenazante, nos advirtió sobre la prohibición de jugar al fútbol en una plaza pública. Enojado, pateé la pelota con fuerza y, para mi desgracia, fue directo contra el ventanal de la parroquia y reventó el cristal en mil pedazos. El mutilado, lógicamente, me miró enfurecido. Sin dudar ni un segundo, corrimos hacia la avenida. Cuando giré la cabeza vi la imagen del guardián que, a corta

distancia, nos apuntaba con el bastón en la mano; a punto de arrojarlo contra nuestra adolescencia.

Luis y yo vimos pasar la punta filosa cerca de nuestras cabezas. Perdimos al mutilado cuando dimos vuelta en la esquina y llegamos hasta la avenida. Estábamos exhaustos, pero felices por la claridad y la calma silenciosa de la ciudad, despejada por el feriado: escasos automóviles y carteles luminosos anunciaban el vacío. Seguramente, el guardián nos denunciaría al móvil policial y nos buscarían.

Nos detuvimos en el cinematógrafo más viejo y popular del barrio y, sin pensarlo... juntamos las moneditas entre los dos y pagamos las entradas. La película apenas comenzaba. Los Beatles corrían por alguna calle londinense perseguidos por adolescentes, en su mayoría mujeres, que gritaban y susurraban de amor por los cuatro jóvenes músicos. Entretanto, detrás de las agitadas escenas, escuché por primera vez aquella melodía. Un poco antes de finalizada la película, el viejo cine abrió su techo y pude ver el cielo estrellado. Nos mezclamos entre el público saliente para no ser descubiertos por la policía, el párroco o el guardián mutilado. Escapamos por la puerta de emergencia y, gracias a que cruzamos el descampado a toda velocidad, logramos perderlos de vista.

Al regresar por la tarde, todavía resonaba en mis oídos alguna melodía beatle. Fue entonces, cuando empecé a descascar las paredes de mi viejo patio. Consciente, probablemente por primera vez en mi vida, que al hacerlo estaba generando formas y ritmos. Melodías en las paredes que antes solo aguantaban en silencio. Sin más, y desde entonces, sentí necesidad de pintar la vida.



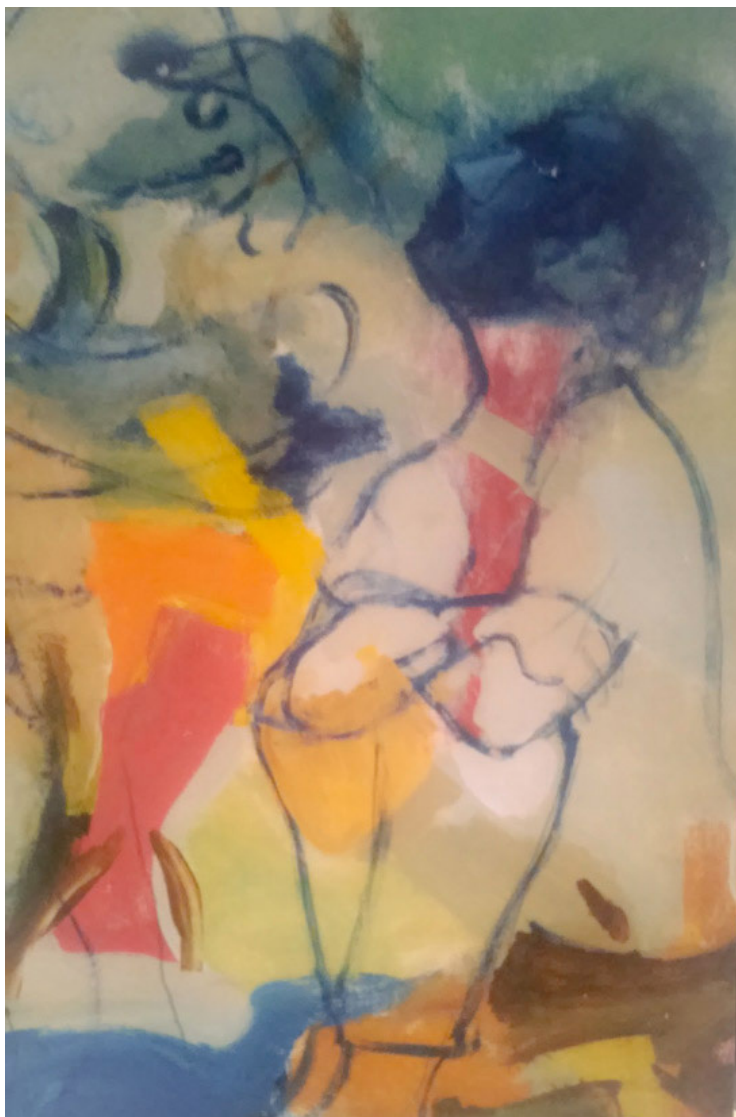
El otro

Sentí pánico, tal vez fue la oscuridad o el verme solo y perdido en medio del callejón. Pensé en olvidarlo todo y volver por el mismo camino que había llegado, pero hasta que no lograra encontrarla, sería imposible seguir con mi vida. Mientras la Luna ocultó su cara, me hice de coraje y caminé por la calle angosta, alejándome de los postes de luz. Solo escuché el ladrido de un perro. No pude vislumbrar los muros en ambos lados de la calleja ni sus viejos portones ya que la niebla, pertinaz, había conseguido velar por completo el final del pasaje. Helado hasta los huesos, precipité mis pasos hasta que una pared ciega y blanca se interpuso. Un haz de luz proveniente de una pequeña ventana proyectó la imagen de un gato vagabundo que fijó su mirada en mí y maulló asustado.

Estuve a punto de encontrarla ¡Tan cerca! De nada sirvió que me interpusiera entre el haz de luz y la pared. Anhelaba ver mi sombra, pero la pared permaneció ciega y distante y solo reflejó la imagen del felino huyendo por el brocal.

Mi cuerpo se diluyó con la niebla.

Regresaré el próximo invierno... tal vez cambie mi suerte.



Partir

No sé si es la vida que conspira; si lo hace y, como el viento que desmenuza las nubes, por alguna razón no me deja mirarte. Camino las calles de la ciudad buscándote, pero no consigo perderme entre los rostros desconocidos; tal vez habitantes, clandestinos de la memoria, tal vez gentiles.

¿Habré besado o acariciado alguno de ellos?

Regreso a mi casa y abro las ventanas y puertas por si llegás hoy, transformada en pájaro o cigarra. La noche hace desaparecer el escritorio, el reloj, la pantalla, los papeles, el viejo cuadro, el libro y la mancha de humedad. Tal vez nos encontremos y yo aparte el velo, acaricie tu desnudez y huyamos a través de los tiempos, de otros mares, del cemento, del olvido, lejos de la perpetuidad.



Evocación

Todavía recuerdo algunos gestos. También palabras, casi infinitas, que nada significan. Sabiduría antigua impregnada en la memoria de los necios que, día a día, refundan el vacío. Me acaricia la brisa del verano y todavía puedo ver las flores salvajes caer del viejo árbol. Igual que cuando te besé aquel lunes de abril. Me llevo poco...esto es así, lo que cabe en mi bolsillo: sombras de algún mediodía infantil, manos maternas enharinadas, olor de albahaca... tu cuaderno escrito en primavera.

Te busco en lo más profundo del sueño y, a veces, entre la niebla me enredo en el calor de tu cuello.

Ya no estás.

¿Qué olvido?

¿Qué es lo que he olvidado?

Nada.



Cercana a mis ojos

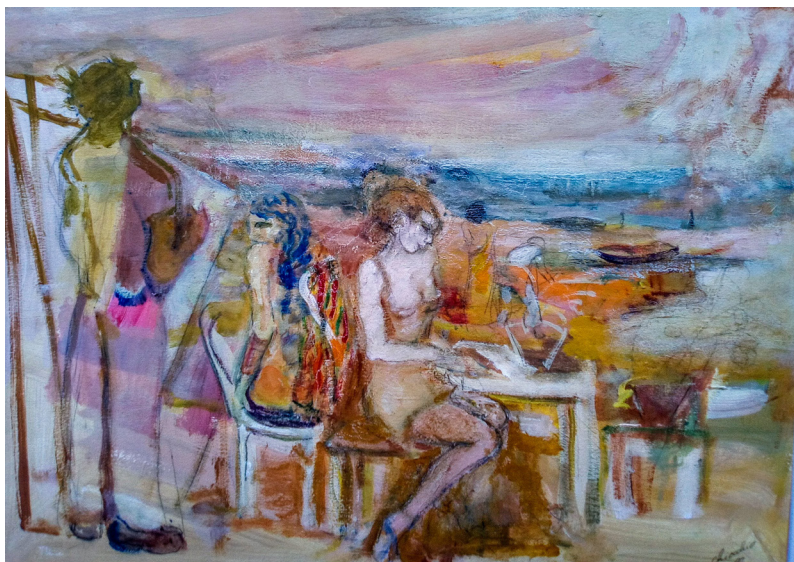
La luz del invierno entra hasta la mitad del salón y
la escarcha enfría los cristales: ya no pienso en mi espacio.

Cercano a los ojos, el cuerpo desnudo y el cabello suelto
ruborizan el rostro del silencio.

Una suave brisa recuerda buenas épocas
nunca poseídas.

Y mientras llueve, escucho el bullicio de la ciudad que
sobrepasa las horas apócrifas de mi pincel.

Imágenes desnudas se recuestan en el paisaje y
dos pájaros vuelan al horizonte sin transgredir las reglas,
porque cada gota de lluvia sabe donde caer.



Sin rumbo

Muy cerca de la ventana entreabierta, una hoja de papel en blanco descansa sobre el escritorio. Mira a la gente deambular sin rumbo y a los paraísos extender sus ramas, como si quisieran arañar el cielo del verano. Sueña siempre lo mismo: la posibilidad abierta de que algún poeta llene su espacio y así obtenga un corazón. Que una niña pinte con acuarelas sus primeras manchas hasta transformarlas en un sol o una flor. O algún enamorado que escriba una carta de amor enardecido hasta allanar su porosidad.

Le incomoda imaginar que podría terminar como la mosca vecina que revolotea y engañada por la luz, embiste contra el cristal.

Pero la ventana sigue entreabierta y una brisa primaveral la acaricia y la arroja al vacío. El viento la impulsa y ella disfruta del balanceo: vuela y fluye sin dirección ni destino. Roza balcones y ventanas cercanas, se desliza suavemente sobre un contenedor de envases descartables. A su lado, junto a las botellas que yacen vacías; un bolígrafo solitario espera ser descubierto por alguna mano que le devuelva su razón de ser.

Una bolsa vacía se eleva y revolotea al ritmo de la brisa matinal. Gana altura mientras se pierde entre las cabezas y el final de la calle.

Pasó el tiempo y la hoja de papel sigue en blanco. Todavía vuela, a veces alto y, otras, cerca de las baldosas y los brocales. Acompaña la alegría de los niños al salir de la escuela. Conoció también a otros papeles escritos, trocados en bollos y acoplados en cestos de basura.

Llegará un día hasta la copa de un paraíso; con arrugas y algunas roturas, pero con la esperanza intacta de volver a perderse. Hasta entonces, los zorzales cantan al crepúsculo sobre sus fibras.

Matilda

Encorvado por el paso del tiempo, el paraíso se aferra a la tierra con obstinación. Piensa que aún lleva en sus ramas el esplendor del verano y las noches de luna llena, cuando los grillos le cantan a la plateada oscuridad.

Un domingo apacible como tantos otros, mientras los vecinos respiraban la brisa primaveral y sus pequeños correteaban por el patio de juegos, el viejo árbol vio a un hombre sentado abrir su mano izquierda y soltar unos papeles que, a merced del viento, se arremolinaron hasta fundirse con el vuelo de las mariposas.

Sintiendo el frío en los dedos, el hombre pensó en la futilidad de su vida, las pérdidas, la constante suma de frustraciones y el olvido de su familia. Pensó que, solamente, jalando el gatillo se terminarían los reproches.

Las niñas jugaban a saltar la soga, cuchicheaban y cantaban; sus cabelleras reflejaban el sol de la tarde. Víctima de un ardid, Matilda tropezó y se cayó al suelo. Las demás sonrieron y festejaron. Avergonzada, corrió hacia el lugar del parque en donde su joven madre sostenía en brazos a la más pequeña de la

familia. Se sentó en un extremo del banco, junto a ellas y, desde ahí, vio a su padre pelotear y sonreír con su hermanito.

El “guardaparque” recorría el camino del pedregullo. Su mirada, como siempre, llevaba una mezcla de miedo, tristeza y bronca. Indiferente, se arrimó a los ancianos que, congregados en un grupo, murmuraban con resignación sobre las desavenencias de la edad y los límites impuestos por una miserable jubilación. El guardián los escuchó quejarse sin atravesar su apesadumbrada soledad.

Imprevistamente, mirando tal y como lo hacía el viejo árbol, el suicida vio a Matilda correr en dirección a la calle, atraída por el triciclo del heladero. El hombre advirtió que, de no mediar un milagro, sería atropellada por un camión que pasaba más rápido de lo aconsejable. Sin pensarlo, empezó a correr con desesperación, calculando sobre la marcha, hasta que alcanzó el cordón de la vereda y se arrojó frente al inmenso rodado.

Matilda sintió el sacudón y cerró los ojos. El griterío de los concurrentes del parque se aplacó cuando la niña y el hombre, que la abrazaba y protegía con todo su cuerpo, rodaron fuera de la zona de peligro. La multitud corrió hacia ellos para socorrerlos y, mientras tanto, el suicida contenía a la niña que lloraba desconsoladamente.

La madre de Matilda abrazó al héroe y los otros lo aplaudieron. Al rato, todavía conmocionado, el suicida introdujo su mano en el bolsillo y palpó el revólver.

Matilda volvía a su casa en familia cuando visualizó a su salvador, que caminaba distraído en sentido contrario. Sin dudarlo, se desprendió de la mano de su padre, corrió a su encuentro y, una vez delante de él, lo miró sonriente.

Soñadora de Mundos

Desde la antigüedad, la especie humana animó al bullicio de una supernova con el afán de instalar la “realidad”; a sabiendas que, desde el principio, todo es y fue una ilusión estelar. Godos, visigodos, romanos, ingleses, alemanes, españoles, etc. masacraron civilizaciones enteras con la fantasía inconsciente de prodigar su existencia bajo disfraces ideológicos, monárquicos o religiosos.

— Estoy aquí para infringirte dolor, padecimiento y atomizarte. Si te domino, escribo mi “verdad”; existo ¿Ves? Esta es la realidad y al mundo lo creó quién yo dije ¡No soy el sueño de una estrella!

El poderoso es un ser aterrado por su propia fragilidad existencial.

Me despertó el alboroto del tránsito que hizo vibrar hasta el ventanal del cuarto. Reacondicioné mi empatía con la ciudad y emprendí viaje hacia el evento. La niebla agudizó mi anonimato entre los transeúntes que caminaban a paso rápido y con la mirada perdida. Serpenteando la concurrencia, intenté buscar a Simón. Mi amigo, agradecido, me condujo por las instalaciones de la nueva estación de radio, próxima a inaugurar. Desde una platea improvisada, resonó una vieja grabación de voces olvida-

das del radioteatro argentino. Desde de un rincón una mujer alta, delgada, impregnada de color azul, ejecutaba magistralmente una bella melodía con un saxofón. Mientras su boca se fundía en la boquilla del instrumento, entre los silencios conventuales y en cada una de las exhalaciones, surgían innumerables universos, astros y planetas. Ni antes ni después, justo entonces, en alguna micropartícula apareció nuestro mundo con toda su historia: imperios, guerras, religiones, profetas, dioses, dictadores y los mercaderes de armas, “paladines de la democracia”.

Las imágenes acompañaron a mi corazón mientras duró el sonido. La concurrencia aplaudió a la intérprete y su imagen se esfumó junto al azul del ambiente.

Al otro día, en mi refugio, revisé todos mis bocetos y los tiré a la basura. No eran más que el producto de una intelectualidad ociosa. Seguidamente, me dejé llevar por el sendero caótico de la emoción en forma y color. Cuando di por finalizada la obra, recompuse mi formalidad y pude vislumbrar, de una vez y para siempre, a la muchacha del saxofón.

Ya no volvería a estar solo.

Los amantes

Lloraba sin consuelo cuando llegó la azafata portando una bandeja con café y masas secas. La noche estaba helada. Camila iba y venía hasta la capilla ardiente. Miraba sin comprender el féretro en donde yacían los restos de su amor. La azafata se despidió cuando los allegados y familiares se fueron. Como suele suceder, avisaron que regresarían por la mañana, para cuando se llevará a cabo el entierro.

Llegué muy tarde, de madrugada. Camila me abrió la puerta y, al verme, sus ojos se llenaron de lágrimas. Tomó mi mano y me condujo por la sala oscura hasta la capilla ardiente. Una vez ahí, después de un rato, nos sentamos en un sofá de tres cuerpos. Bebimos coñac y lloramos. Finalmente, se recostó sobre mi pecho y yo solo la abracé: no hay mejor consuelo que dejar fluir el dolor.

Pasamos largo rato abrazados, hasta que se incorporó y, mirándonos fijamente, empezamos a besarnos hasta la sofocación. La angustia cedió el lugar al erotismo y las sensaciones nuevas. Plegué su falda y la pasión hizo el resto.

El cristal se iluminó, detonó el cielo y los truenos hicieron escuchar el repiqueteo de las primeras gotas de lluvia en un patio interno.

La azafata entró en cólera cuando descubrió el desorden de la antesala y la pana del sofá manchada; la botella de coñac vacía. Molesta, se dirigió a la capilla ardiente para reprochar el comportamiento de Camila, pero algo la detuvo: el ataúd estaba vacío.

Al rato volvieron los familiares y se hicieron presentes el cura y los amigos del difunto, pero nadie dio parte de la ausencia del cadáver.

En el cementerio, finalizado el responso, el sacerdote vertió agua bendita sobre el féretro vacío , ante el desconsuelo de los concurrentes.

Los amantes huyeron de la ciudad cuando la lluvia cesó. Caminaron por los esteros y bordearon el río hasta un viejo refugio abandonado; se recostaron en un colchón de hierba y hojas secas. Camila vio un pájaro blanco en la rama más alta de un álamo que, luego, se posó en un estanque y, por último, voló rumbo al horizonte.

Pensó que si llegaba hasta al arcoíris podría transgredir las reglas.

Bio

Héctor Francisco Chiocchio estudió pintura y dibujo con el maestro Miguel Piraino entre 1979 y 1987. Asistió a las clases de dibujo con el maestro Carlos Fells (Sociedad Estímulo de Bellas Artes).

En esta oportunidad, transmuta sus pinturas en palabras, acompañadas también por sus ilustraciones. Algunas de sus experiencias en exposiciones de arte son:

- Exhibición permanente Museo del Barrio 5th Avenue, New York, Estados Unidos.
- Exhibición pequeño formato de artistas contemporáneos argentinos. Ciudad Universitaria París, Francia.
- 1994: Instituto de Artes Visuales-Palacio. Pombal, Lisboa, Portugal.
- 1995: Casa de la Cultura Vicente López, Buenos Aires, Argentina.
- 1997: Muestra colectiva Museo Municipal de La Plata, Ciudad de La Plata Pcia. de Buenos Aires. Argentina